

CAPITULO VII.

EL EMPERADOR Y EL BRIGADIER.

Como Iturbide era emperador no tuvo que pedirle licencia á nadie para ponerse en camino, lo cual le pareció muy fácil á pesar de su categoría, porque como soldado tenia la costumbre de estar siempre listo para moverse: un día pensó en la conveniencia de salir á arreglar por sí mismo las dificultades que había en Veracruz, y al siguiente avisó á sus ministros que le tuvieran todo listo para la marcha, porque saldria el 10 de Noviembre despues del almuerzo. Era el día 8 cuando les expresó su soberana voluntad, se apretaron las manos, se vieron unos á otros y convinieron en que era fuerza hacer el gasto que se necesitara aunque no estuvieran con ningun fondo las cajas del Estado. Lo que acababa de tomar el emperador de una conducta, pues se le habia quedado la enfermedad de apoderarse

de las conductas, desde que tan bien le fué con la que se apropió en Iguala, ya habia volado. ¿En qué se habian gastado tantos cientos de miles? En los pitos y flautas que tenia la monarquía, esto es, en los palacios que rodeaban el trono como moscas, desde el regente vitalicio, empleo que tenia el padre de Iturbide, hasta el último de los príncipes, que tampoco de nada se ocupaban.

Los ministros despues de apretarse las manos, repetimos, sacaron el dinero de este estanco y del otro capitalista y reunieron la suma que se necesitaba, diciendo al emperador que podia ponerse en camino cuando su augusta persona lo creyera conveniente.

En la víspera por la noche, pidió permiso de ser recibido en la cámara de la emperatriz que se encontraba casi al punto de darle otro ilustre vástago.

—Vengo á despedirme de V. M., le dijo con gravedad cómica el señor Iturbide á su muger.

—¿Es cierto, pues, que te marchas..... quiero decir que se marcha V. M. dejándome en este estado?

—Así lo reclaman los interesantes asuntos del imperio, señora.

—Pero hombre de Dios..... quiero decir, pero V. M. ¿no puede diferir su viaje siquiera hasta que pase mi enfermedad, que segun dicen los médicos será en esta semana misma?

—Me consta cual es la situacion crítica que guarda mi digna consorte S. M. la augusta emperatriz, al punto de que tal vez mañana mientras yo traspongo las garitas ella sienta los dolores del parto; pero así

de graves son los asuntos que exigen mi presencia en Veracruz, que ni esa consideracion es suficientemente poderosa para que me impida ponerme en marcha.

--Hágase en todo la voluntad de V. M., contestó humildemente la emperatriz, y por lo bajo añadió: estuviéramos solos para llenarte de araños.

--V. M., siguió diciendo Iturbide, no necesita salir de su retiro para gobernar el imperio, pues felizmente tiene á su lado al Regente, á los príncipes y á sus excelentes consejeros, que sabrán evitarle toda molestia, haciéndole saber de los negocios públicos, solo lo que sea muy necesario que sepa V. M.

Besó la mano el emperador á la emperatriz y salió seguido de los personajes de la corte que lo acompañaron, en tanto que la emperatriz muy abultada de vientre como estaba, se quedó rodeada de todas sus damas. Una de ellas le dijo al oido que debía desmayarse, y entonces la emperatriz se sentó poco á poco en un sillón con los ojos cerrados y todas la rodearon para volverla en sí dándole á oler pomos dorados de esencias, como les habian dicho que se hacia en otras cortes.

Fijada la hora de la salida del emperador, se llenó el frente del Palacio con los carruajes, con las escoltas, vestidos los soldados de gala, con los equipajes, con las piezas de artillería y con los curiosos que se instalaron en gran número para ver el aparato imperial, á que no estaban acostumbrados, y luego que se dejó ver el emperador, sonaron los clarines, redoblaron los tambores, tañeron las campanas, se hicieron

descargas con los cañones, se pusieron en movimiento las escoltas, estiraron el cuello los curiosos para ver mejor, porque la muchedumbre estaba contenida por una valla de soldados, y comenzaron las plegarias en todas las Iglesias, pidiendo los padres á voz en cuello, al Dios de los ejércitos, que salvara la vida del emperador, por mas que supieran que S. M. no iba á exponerse á ningun peligro.

No referirémos la carrera de triunfos y de aplausos que acompañaron al augusto amo en todo su brillante camino, en que tanto él como su lujoso equipage, esto es, el séquito que llevaba, formado con la nueva nobleza, fueron objeto de alabanzas y de regalos, ni las altisonantes palabras que en prosa y verso les dirigieron, comparándolos hasta con los dioses del Olimpo, y nos reuniremos con la imperial comitiva algunas leguas antes de llegar á Jalapa á donde habia ido el general Echávarri á recibirlo con su lucida guardia y sus no menos guapos ayudantes, quien invitado por el emperador, dejó el caballo que montaba en manos de sus ordenanzas y entró á ocupar un asiento en la carroza imperial: los dos tenian mucho que decirse y la conversacion comenzó, como era natural, por el fantasma del comandante militar de la provincia que estaba como oscureciéndoles el horizonte.

Echávarri le contó todo lo que le habia pasado con Santa Anna, desde el chasco que le habia pegado cuando llegó á Veracruz, haciéndole creer que iba á tomar por astucia el fuerte de San Juan de Ulúa, poniéndole una celada en que poco le faltó para que pe-

reciera, que era el objeto que seguramente se habia propuesto aquel jefe, hasta lo ocurrido en las últimas fechas, siendo todo una cadena de impertinencias, abusos, insubordinaciones, escándalos y cuanto podía, no solo ser digno de censura en un militar, sino de un castigo severo.

—Y bien, ¿por qué no lo ha castigado V. E.? le preguntó Iturbide.

—Por varias razones, le contestó Echávarri. En primer lugar siempre está rodeado de sus mejores tropas como temeroso de que algo pueda sucederle y no he creído conveniente traer mayor número de fuerzas de las que él tiene, por no hacer gastos y por no provocar una contienda inevitable. En segundo lugar, aun trayendo tropas, sería muy expuesto, porque á no dudar mantiene inteligencias con los del castillo y esto es lo que ha servido hasta ahora para que no sufra un bombardeo la poblacion. Y en tercer lugar, como he dado cuenta de todo á V. M. y V. M. me ha contestado que dictaría providencias y me ha dado noticias de su viaje, he esperado naturalmente á que V. M. misma venga á poner el remedio á esta situacion.

—En efecto, contestó Iturbide, despues que hubo oido con reconcentracion todo el difuso relato de su Capitan general, tanto el antecesor de V. E., como la diputacion provincial, como el consulado y los vecinos de importancia de toda la Provincia, me han estado mandando queja sobre queja respecto de la conducta equívoca, irregular y abusiva de ese militar, que cree que ha subido por la violencia de sus gran-

des merecimientos, haciendo gala á todas horas de una ambicion desmedida, pues aun ha llegado á decir que él vale mucho mas que yo y que estaria mejor colocada en sus sienes la corona imperial, de modo que nada de lo que V. E. me dice me coge ya de nuevo, pues demasiado conocidas me son sus intemperancias é insolencias; pero lo que sí me ha llenado justamente de alarma es la sospecha que V. E. ha llegado á tener de que esté en connivencias con el enemigo, pues siendo así, y estando en su poder este puerto que es la llave de la nacion, nos puede entregar, no ya al castillo en donde no hay suficientes elementos para una reaccion, sino á la primera escuadrilla que se le presente de la Habana, y por eso es que he juzgado urgente venir yo en persona á conjurar ese peligro, del cual saldremos, ayudados por nuestros buenos subordinados.

—Si viene á Jalapa como yo se lo ordené á presentar sus homenajes á V. M., será el momento oportuno, segun creo, de separarlo de esta comandancia.

—Si viene á Jalapa no volverá mas á Veracruz, eso es lo que tengo acordado con el Ministro de la Guerra.

—Estando aquí V. M. á mí no me toca mas que obedecer sus sabias determinaciones.

—Señor Echávarri, le dijo Iturbide con llaneza tomándole una mano, aquí no hay mas Magestad que un antiguo camarada suyo, y como amigo y compañero de armas es como quiero que me trate cuando nos encontremos solos como ahora.

Pero no pudieron seguir adelante las expansiones porque el Gran Maestro de ceremonias dispuso que se detuviera á almorzar la imperial comitiva debájo de una enramada que habian dispuesto los vecinos una legua antes de llegar á Jalapa, ayudados por los hacendados. Se suponía que en Jalapa habia de haber muchos discursos y muchas fiestas, y se determinó que el emperador estuviera bien refocilado para soportar las fatigas del aplauso.

Entraron en Jalapa, pero el recibimiento que se hizo allí al soberano estuvo muy lejos de corresponder á lo que se esperaba: el pueblo estaba fatigado con el férreo dominio de Santa Anna que se juzgaba impuesto por el Emperador; los españoles ricos se sustrajeron á los compromisos, retirándose á sus fincas de campo, y aun las autoridades estuvieron algo displicentes en sus manifestaciones, lo cual hizo exclamar á Iturbide cuando ya estuvo tranquilo en su alojamiento y rodeado únicamente de los suyos:

—No parece sino que desde esta ciudad comienza España.

Pues como no habia habido entusiasmo, ni ruido, ni programa de festejos, ni siquiera un arco de flores habiendo tantas en Jalapa, parecia mas bien que habia entrado á tierra conquistada y hallarse muy lejos de sus súbditos.

Lo que mas le inquietaba era que no se habia presentado todavía Santa Anna; y lo que es él tenia mucho miedo de presentarse en Veracruz.

—Estoy seguro de que sí vendrá, le habia contesta-

do Echávarri, á quien habia manifestado sus temores antes de meterse en la cama aquella noche.

Efectivamente, al día siguiente á eso de las nueve de la mañana se oyó un repique á vuelo, sonaron los clarines y se vió desembocar al Comandante Militar por la calle principal con gran boato de Estado Mayor y de escolta.

—Este es el verdadero emperador, murmuró Iturbide, al menos el de esta Provincia.

Y se asomó al balcon á ver aquel aparato de tropas que casi superaba al suyo.

Santa Anna se apeó del magnífico caballo que montaba en frente de la casa, y fué á ofrecer sus respetos á Iturbide, quien lo recibió tendiéndole los brazos y felicitándole por el brillante equipaje de sus fuerzas.

—Ya habrán informado á V. M. de que hasta mi sueldo íntegro gasto en procurar que á mis soldados no les falte nada.

Iturbide guiñó un ojo al Ministro de la Guerra que estaba presente, quien tenia en su poder un voluminoso expediente con las quejas de las expoliaciones que cometia don Antonio Lopez.

Entonces juzgó oportuno el emperador decirle para prepararlo:

—Un hombre como su señoría debe estar en la corte: debo tenerlo á mi lado; seguramente me agradaría mucho llevarlo con nosotros, concluyó dirigiéndose al Ministro Dominguez, que aprobó con la cabeza.

Santa Anna que era muy sagaz, se salió murmurando:

—Este señor Iturbide quiere sacarme de mis terrenos porque me tiene miedo. Vamos á ver como se presentan las cosas.

Iturbide no habia perdido de vista al coronel, sin embargo, y luego que le vió salir, dijo á su Ministro Dominguez:

—Apresúrese V. E. á comunicar las órdenes con toda cautela y con toda moderacion, porque necesitamos sacar de aquí á ese jefe sin que advierta que se le destituye de la Comandancia.

Entonces el Ministro Dominguez dictó las disposiciones con demasiada suavidad, ordenando al brigadier Don Manuel Gual, que en caso de renovacion del ataque de los del castillo de Ulúa ó de cualquiera acefalía, tomara el mando de la plaza. Al brigadier don Mariano Diez de Bonilla, comandante del castillo de Perote se le nombró Comandante de la Provincia en lugar de Santa Anna, y á este le dijo el Ministro de la Guerra que el emperador insistía mucho en llevárselo.

—Es el caso que no tengo dinero para el viaje, le contestó Santa Anna, que empezó á tener muy vivas sospechas en el asunto.

—¿Para qué quiere su señoría dinero, si va con nosotros?

—Yo no he de ir llegando á la capital como un portador.

—Hablaré con el emperador, le contestó el Ministro.

Entonces el emperador para obviar dificultades mandó á su mayordomo que diera á Santa Anna 500 pesos de su tesoro particular.

Santa Anna, segun su costumbre, tomó los 500 pesos, pero alegó que siempre necesitaba unos dias para entregar la comandancia así como para quitar su casa y arreglar sus negocios propios. No hubo mas remedio que concederle el permiso de quedarse, una vez que bajo su palabra de honor se comprometió á presentarse en México antes de quince dias.

Iturbide se puso de tan mal humor, que entonces fué cuando cometió la indignidad de mandar poner un aparejo al alcalde D. Bernabé Elias, porque no proporcionó pronto las bestias de carga que se le pidieron para los equipajes de la imperial comitiva.

Santa Anna se presentó como era debido á hacer los honores al emperador una hora antes de la señalada para la marcha y tomó asiento en el salon donde aquel estaba recibiendo. Entonces se le acercó el capitan de las guardias y le dijo en voz alta:

—Señor brigadier, delante de S. M. nadie se sienta.

Santa Anna se levantó rojo de vergüenza y de cólera.

Después montó á caballo y salió con su gran escolta hasta una milla de Jalapa en donde se despidió; pero luego que ya iba lejos el Emperador y divisando desde una loma á la imperial comitiva, exclamó extendiendo la mano en ademan amenazador y de modo que todos los suyos lo oyeran:

—Pronto vamos á ver si el brigadier Santa Anna puede sentarse delante de ese emperadorcillo de tres al cuarto.

Era el 1.º de Diciembre: sin perder un momento dispuso el regreso de sus fuerzas á Veracruz y él se puso violentamente en marcha consus ayudantes, sediento de vengar las ofensas de que se consideraba víctima expiatoria.

CAPITULO VIII.

EL PLAN DE CASA MATA.

Santa Anna, que habia caminado á mata caballo dia y noche hasta Veracruz, porque le importaba estar allí antes de que pudiera sospecharse que habia sido destituido de la Comandancia por el Emperador, llegó al puerto el dia 2, á las tres de la tarde, y deteniéndose apenas á tomar un bocado en su alojamiento porque estaba muerto de hambre, y luego, sin hacer caso de la fatiga y sin dar cuenta á nadie de sus intenciones, se puso á llevar á efecto el acto mas audaz y mas desesperado que podia verificar hombre alguno en su posicion. Sin considerar las consecuencias, sin pensar en los males que podian sobrevenirle, sin medir la enormidad del crimen que conforme á las leyes del imperio iba á cometer, y aconsejado solo por su despecho, por su rabia, por sus deseos de vengarse pronto y á todo trance de las graves ofensas que creia se le ha-

bian hecho, y repitiéndose siempre en su interior aquello de *nada soy, nada tengo, ni nada puedo perder en el albur que voy á jugar y que puede llevarme quien sabe hasta donde, si me sopla buen viento*, luego que acobó de engullir en diez minutos unos cuatro platillos de los varios que le sirvieron, formó en la calle á sus seis oficiales que lo habian acompañado en su desafortado viaje, y les dijo:

— Mis amigos: ¿están ustedes dispuestos á acompañarme para acometer una gran empresa, cualquiera que sea?

— Sí, mi coronel, le contestaron todos á una.

— Bien, entonces adelante.

Y seguido de aquella poca gente se dirigió adonde estaban las guardias del principal y de la capitania, que no sabia en qué condiciones se encontraban, ordenando á los capitanes que las mandaban que lo siguieran; reunidas ya, las llevó á su cuartel, puso sobre las armas á la tropa que allí habia, y una vez reunidos cuatrocientos hombres, se dirigió á la plaza, mandó tocar generala, hizo que fuera alguna gente á repicar las campanas, dió allí el primer grito de ¡viva la República! y recorrió las calles seguido de su tropa y del pueblo veracruzano, que ya por su cuenta siguió dando muera al imperio y vivas á la República, quedando así hecho el pronunciamiento.

Leamur, el jefe del castillo, informado de lo que pasaba, mandó ofrecer á Santa Anna los elementos que tenia para que pudiera sostenerse, pero este, cuando hubo pasado todo y entró en reflexion consigo mismo, dijo rascándose la cabeza:

— Mi calaverada ha salido bien, porque en Veracruz detestan al señor de Iturbide; pero ¿qué voy á hacer con mil hombres á lo mas, que son los que podré reunir para presentarle batalla á todo el imperio?

En esos momentos se le presentó don Miguel Santa María, Ministro plenipotenciario de Colombia, que estaba esperando embarcarse, por haberlo despedido las autoridades imperialistas acusándolo de revoltoso republicano.

— Señor general, dijo á Santa Anna, (este, naturalmente se habia dado el ascenso al pronunciarse), si no he oido mal, acaba Su Excelencia de proclamar la República.

— ¿La República? preguntó Santa Anna azorado, pareciéndole aquello una abominacion, ¿yo he proclamado la República?

— Eso era lo que gritaban las gentes que seguian á las tropas y era lo que gritaban las tropas mismas al recorrer las calles. Acérquese S. E. al balcon y verá como es un grupo de soldados y paisanos el que pasa ahora haciendo la misma proclamacion.

— En realidad yo no tengo mas plan que ver si puedo echar abajo á Iturbide.

— Pues la manera de derribarlo es dar un manifiesto proclamando francamente la República. Contará S. E. con el partido republicano que es fuerte y numeroso, lo mismo que con los antiguos insurgentes de todo el pais que desean ver establecido aquí el régimen republicano como en Norte América y como en Colombia.

— Y S. E. podría hacerme un buen plan en ese

sentido, una vez que no tengo en torno mio de quién valerme?

—Con ese propósito vengo, trayendo algunos artículos ya redactados que me puse á escribir luego que observé que se verificaba el movimiento sin que nada se proclamara.

Santa María leyó á don Antonio el plan que habia forjado, y el militar que no entendía una jota de lo que allí se decia, precisamente por no entenderlo creyó que era magnífico, y aquel fué por de pronto el plan de la revolucion. En lo que sí paró bien la oreja Santa Anna, era en que se decia que Iturbide habia violado sus juramentos, proclamándose emperador, disolviendo el congreso y haciendo sus demas fechorías, y que por lo mismo, él solo habia roto los títulos que tenia para que fuera obedecido por el ejército. No faltó por supuesto la proclama que encargó Santa Anna estuviera llena de cargos contra Iturbide y muy entusiasmadora.

Como Iturbide en verdad habia falseado el Plan de Iguala y habia convertido en provecho personal los sacrificios hechos por la Nacion, tenia á esta disgustada y abundaban los descontentos en todas las clases, que si callaban era por prudencia ó por miedo, pero que no cesaban de reprobar su conducta, calificándolo de falso, de ambicioso y de tirano en lo íntimo de sus conciencias. Así fué como el pronunciamiento de Santa Anna, que no fué como él dijo mas que una calaverada, encontró grande eco, no solo en Veracruz sino en todas las poblaciones de la Provincia, que gusto-

sas lo secundaron. El plan, por principio de cuentas era de medias tintas, no satisfacía las aspiraciones de la mayoría que queria hacer la prueba de un gobierno netamente republicano; pero se consideraba que con todo y ser malo podia traer algo mejor que aquel ridiculo imperio que á muy pocos contentaba. De luego á luego y no sin cierto sobresalto de parte de Santa Anna fué viendo delante de sí al general don Guadalupe Victoria que se habia escapado antes de México en donde estuvo preso y se habia refugiado en los alrededores de Veracruz, el cual le dijo para tranquilizarlo:

—Aquí, como cuando estuvimos en San José antes del triunfo de la independecia, no vengo á pretender disputarle la gloria de ser el iniciador de una revolucion salvadora, ni á rebajar un átomo de su poder, sino á buscar la proteccion de sus banderas bajo las cuales militaré aunque sea de último soldado.

—De ninguna manera será último soldado un general tan distinguido, le contestó Santa Anna y mucho menos cuando no he de ser yo solo el que ha de realizar tan grande empresa, para la cual siempre conté con los patriotas. Por de pronto mucho me servirán los consejos de V. E.; y como deseo salir á campaña lo mas pronto posible, acaso podamos arreglar la manera de que V. E. tenga el mando superior de la plaza y yo el de las fuerzas expedicionarias.

—Lo que V. E. disponga estará bien dispuesto, le contestó el antiguo insurgente manifestando gran satisfacción,

A renglón seguido trataron la manera de extender el espíritu revolucionario así como las operaciones militares, conviniendo ambos en que era preciso desplegar la mayor actividad para que no se perdiera aquel movimiento llevado á cabo con tan buena fortuna.

A los pocos días Victoria fué reconocido como general en jefe del Ejército libertador que debía formarse y Santa Anna como general en jefe de las tropas ya existentes, con las cuales se apresuró á salir á campaña.

Iturbide y sus parciales se movieron también violentamente, con impresos, excomuniones y tropas, pero Santa Anna logró dar una buena sorpresa á estas últimas en Plan del Río, haciendo prisionero á todo el cuerpo de granaderos. Dió libres á los oficiales, incorporando á los soldados en sus filas y se dirigió á atacar á Jalapa que estaba guarnecida por el 6.º Regimiento y otras pequeñas secciones, al mando del brigadier D. José M. Calderón. Llegó allí el ejército republicano el 21 de Diciembre al amanecer, y sin ningún preámbulo, con el atrabancamiento propio de Santa Anna, pues siempre tenía la creencia de que nadie podía resistirlo cuando él atacaba, se metió en columna cerrada por la calle del Carmen, sucediéndole lo que era natural que le sucediera, que se le recibiera á balazos y fuese prontamente rechazado. La infantería no tuvo más remedio que buscar un refugio en la Iglesia de S. José, en donde se le estrechó á rendirse quedando toda muerta ó prisionera; pero Santa Anna con 200 dragones que le quedaron puso piés en polvo

rosa dando al diablo aquella revolución que tuvo allí por terminada.

En el Puente del Rey estaba el general Victoria con unos 300 hombres esperando los contingentes que habían de mandarle algunos pueblos, cuando llegó Santa Anna destrozado.

—Todo se ha perdido, general, dijo este al primero, llevaba unos granaderos incorporados en mi regimiento, se pasaron al enemigo al dar principio al ataque, los míos se desmoralizaron y se han dejado derrotar completamente.

—Lo sé todo, le contestó Victoria con calma, así es la guerra, nosotros los jefes estamos obligados á combatir, pero no siempre debemos esperar que nos favorezca la victoria.

—En esta vez he jugado el último albur, general, habiéndolo perdido, no tenemos otro camino que abandonar la empresa.

—Cómo! exclamó Victoria alarmado.

—Tengo un buque listo en Veracruz, tengo el dinero suficiente para vivir en el extranjero, vamos á embarcarnos, es la salida que nos queda.

—¡Oh! no; le respondió Victoria con firmeza, no podemos desertar de una causa tan santa como la que hemos proclamado, cuando la lucha apenas comienza.

—¿Pero no sabe V. general, (se le olvidó hasta darle el tratamiento) que vienen en camino más de ocho mil soldados para pulverizarnos?

—Y qué? debemos esperar á que nos pulvericen, cosa que no es tan fácil mientras estemos en el puerto

de Veracruz. ¡Oh! ¡si yo lo hubiera tenido alguna vez en los diez años de la insurrección!

—¿De manera que vd. opina porque sigamos combatiendo?

—Naturalmente. Yo me quedo aquí á recibir el primer choque de ese ejército, con instrucciones á los míos de que luego que caiga muerto le lleven á V. E. mi cabeza. Esa será la señal de que todo ha concluido y de que ya puede embarcarse.

Sorprendió mucho á Santa Anna esta firmeza de carácter á que estaba tan poco acostumbrado y dijo á Victoria:

—Si triunfa esta revolucion, que ahora ya lo dudo mucho, á nadie mas se deberá sino á V. E. que me ha dominado con su valerosa resolucion. Yo voy entonces á poner á Veracruz en actitud respetable de defensa.

—Y dentro de un mes, yo se lo juro, le dijo Victoria estrechándole la mano con fiereza, todo habrá cambiado favorablemente para nosotros.

Santa Anna se fué transformado del todo, y en honor de la verdad, es fuerza decir que todos lo vieron animoso y activo como en los primeros días de su pronunciamiento, acopiando víveres, aumentando tropas, reparando fortificaciones y multiplicándose en el trabajo para reparar las pérdidas que habia sufrido. Victoria por su parte hizo un fuerte del Puente del Rey, resuelto á defenderlo á todo trance.

Entre tanto, Guerrero y Bravo se levantaron tambien en el Sur, pero pronto fueron destrozados, así es

que en México se solemnizó varias veces el triunfo del imperio, asegurando Iturbide en sus proclamas que pronto se daría cuenta tambien con Santa Anna, que era el único insurrecto que quedaba en Veracruz.

En efecto, desde el principio de Enero de 1823 se empezaron á reunir las fuerzas que debian formar el ejército de Echávarri para operar sobre Veracruz, componiéndose de mas de tres mil hombres de infantería, caballería y artillería; pero se encontró con que no podia avanzar porque la plaza estaba con mejores elementos que los suyos y á lo menos la artillería era de mas calibre y de mayor alcance, por lo que si no recibia todo lo necesario para establecer un cerco en forma, tenia que retirarse con mengua de su reputacion militar. Por otra parte, la grita contra Iturbide era general, principalmente porque habia disuelto el congreso, y todos los hombres de buena fé, aun los favorecidos por el emperador, estaban disgustados de su conducta; motivos más que suficientes para que el jefe sitiador se resolviera á entrar en pláticas con Santa Anna.

—¡Alabado sea Dios! exclamó Santa Anna, esto si que era lo que menos me esperaba. Echávarri, el niño mimado de Iturbide hablándome de un plan nuevo para salvar al congreso, equivale á la salvacion de todos nosotros, que no teniamos mas salida que echarnos al agua! Sí, señores, dijo á los comisionados, con otro cualquiera no me arreglaria, pero sí con Echávarri que es todo un caballero. Díganle ustedes que lo más insignificante que me proponga que tenga